

# Stalker

*Boris y Arkadi Strugatsky*

## INTRODUCCIÓN

por Gabriel Benítez L.

**“Hace varios años tuvimos el honor de participar en la creación del filme Stalker (“El Guía”). En un principio como base para esta película nos sirvió el cuarto capítulo de nuestra novela PICNIC AL LADO DEL CAMINO. Pero en el proceso de trabajo (cerca de tres años) llegamos a la idea de que la película no tiene nada en común con la novela. Y en la variante definitiva de nuestro guión sólo quedaron de la novela los términos “Stalker” y “Zona” y el lugar místico donde se cumplen los deseos. El filme se proyectó en nuestro país y en el extranjero. Ofrecemos al lector una de las primeras variantes del guión en el que apenas apunta el futuro Stalker. Nos han propuesto amablemente publicarlo suponiendo, por lo visto, que una película rodada según este guión también tendría derecho a la existencia.”**

*Arkadi Strugatsky.*

**E**sto que acabamos de leer, es la pequeña introducción que se encuentra en la revista FICCION CONTEMPORANEA, una revista de literatura soviética, la cual tuve la suerte de ver caer en mis manos el año pasado ( 1999, para ser más exactos). El numero de esta revista es el 2 y data de 1984. Yo supongo que ya debió haber desaparecido, desde aquel histórico momento de la Perestroika y el derrumbamiento de stablishment socialista en la antigua URSS. Lo interesante de este número, era la presentación de una especie de guión-relato titulada LA MAQUINA DE LOS DESEOS, escrita por dos grandes maestros de la ciencia ficción mundial: Arkadi y Boris Strugatsky. La obra – inmediatamente lo pude ver – no era otra que STALKER, una película de ciencia ficción llevada al cine en 1979 por el no menos famoso director ruso, Andrei Tarkovsky . Andrei Tarkovsky llevó también a la pantalla el clásico de C.F. de Stanislav Lem, Solaris, en una producción soberbia e inteligente que está entre las favoritas de muchos de los fans del género.

Por desgracia, no podía yo opinar lo mismo de Stalker. Aunque visualmente, la película me resultaba sumamente atractiva, nunca pude del todo entender de que demonios trataba, para ser sincero.

Cuando vi la oportunidad en la obra de los Strugatsky de darle una ojeada al fondo de la historia, no lo dudé más y me dispuse a leerla.

Cuando la terminé, acababa yo de leer lo que a mi punto de vista, era la mejor obra que he leído hasta ahora de los Strugatsky.

La historia, gracias a su estructura entre el relato y el guión, se lee con soltura y facilidad. Engancha desde la primera vez y es sorprendentemente “visual”. De hecho, parece que los Strugatsky no solo presentan aquí uno de los temas seminales de la ciencia ficción (una ciencia ficción sumamente humanista ) sino que incluso parecen atrapar la misma atmósfera de los films de Tarkovsky.

Para mi, fue como “ver” la película y entenderle al fin, gracias a Dios.

Sobre la película hay cosas que contar. Al igual que con SOLARIS, Stalker atrae al director por el concepto y no por el marco genérico. Tarkovski explica así lo que vio en Stalker:

"Una crisis espiritual es un intento de encontrarse a sí mismo, de adquirir una nueva fe. Eso es de lo que trata STALKER. El héroe pasa por momentos de desesperanza cuando felaquea su fé; pero cada vez renueva su sentido de vocación para ayudar a la gente que ha perdido sus esperanzas e ilusiones. En terminos generales, es el tema de la dignidad humana; de lo que es la dignidad y de cómo un hombre sufre si no tiene respeto por si mismo...[...] Aún cuando por fuera, el viaje parece terminar en un fracaso, de hecho cada personaje adquiere algo de un valor inestimable: La Fé."

Lo mismo ocurre aquí (igualmente) que con Solaris. Estos elementos se encuentran claros en la historia de los Strugatsky, y aunque ellos declaran que su obra nada tiene que ver con lo filmado, verán que realmente no es así. Tarkovsky lo unico que hace es resaltar esos elementos que a él le parecen importantes para darles peso en la película, para volverlos el centro de la acción de su mensaje y de su obra.

Si hacen una comparación del filme y lo que van a leer, notarán como realmente no hay una gran diferencia. Solo la hay, tal vez, en los enfoques de preponderancia para cada parte.

Hay algo importante que subrayar también aquí y tiene que ver con los Strugatsky directamente. La película fue duramente criticada en Rusia por no apagar a la novela de los autores, pero en primer lugar es así porque no toma como punto de referencia toda la novela, sino ciertos capítulos. Ahora, el guión es de los propios Strugatsky, lo que realmente la convierte en una obra aparte.

Al finalizar, la película no gusto mucho al establishment por cierta ambigüedad amenazante. En la obra original, la Zona se encontraba en Canada, y Tarkovsky borró su situación geográfica (por eso el nombre de Stalker = Guía. Es palabra inglesa, no rusa ) . El estado policial -aparentemente no represor - cuya verdadera tarea consisten en NO dejar entrar a la Zona, parece tener tintes de todo lo contrario. La ambientación parece casi sugerir que la verdadera cárcel esta fuera, y que dentro de la Zona existe en modo

velado algún tipo de elemento de búsqueda, un santo grial misterioso que puede arreglar la vida de todos.

Que yo sepa, este relato aparte de aparecer en Ficción Contemporánea, no ha aparecido en ningún otro lado. Pienso que la historia es muy buena y tiene un mensaje importante que merece ser difundido.

Por tal razón he querido rescatar (si es que así podemos llamarlo) esta pequeña novela para presentarla a todos los lectores.

Mi intención, quisiera dejar esto bien claro, no tiene ningún afán de lucro, ni es mi idea dañar los derechos de Copyright de nadie. Lo hago porque esta es una de esas historias que uno quisiera compartir con los demás.

Sin embargo ya es prácticamente inconseguible. Mi única opción es presentarla a ustedes por medio de **REALIDAD CERO**.

Además es también una buena oportunidad para que los fans del género conozcan la obra de los magníficos hermanos Strugatsky y la adquieran, o si tienen algo de ella y no la conocen, la lean.

Es esa, y no otra, mi intención.

Ahora permítanme introducirlos antes en lo que van a leer.

Ninguno de nosotros conoceremos su nombre, pero él es un Stalker, entrenado y nacido para lo que es él único trabajo que sabe hacer sobre la tierra: guiar a la gente al interior de la Zona.

La Zona: un lugar yermo y muerto - situado en alguna parte del mundo – y cuyo origen es incierto. Unos dicen que fue creado después de la caída de un meteoro. Otros dicen que es creación de una inteligencia extraterrestre. Lo único cierto es que en su centro hay “algo”. “Algo” que atrae a la gente con una promesa individual, con una esperanza personal. Pero llegar al centro no es fácil. La Zona es prácticamente un campo de trampas mortales, silenciosas e invisibles. Entrar ahí es casi garantía de muerte y llegar al centro se ha convertido en una leyenda.

Sin embargo, alguien a llegado:

El “Zorro”, un viejo y experimentado Stalker logra llegar al lugar prohibido, no solo una, sino tres veces. El ha sido el único sobreviviente de las expediciones, lo que lo ha convertido en un hombre prácticamente rico.

Sin embargo, su cuerpo pende ahora de una cuerda atada al techo de su casa, y bajo su cuerpo se puede encontrar una nota para otro Stalker y unas indicaciones...

Ahora, una nueva expedición se dirige a la Zona. Esta vez son un Stalker cuya vida se debate entre la miseria, un matrimonio que no es capaz de sostener y el peso de la culpa de una pequeña hija mutada, gracias a sus múltiples viajes a la zona; un Escritor desencantado en busca de inspiración y un Científico cuyas intenciones no son del todo claras.

El grupo buscará entrar a la Zona y llegar hasta el centro, donde esperan encontrar “algo”, tal vez una nueva oportunidad. Ellos saben que no será fácil y que es posible que nadie regrese, pero hasta que no estén adentro no se enterarán de lo que es realmente la

Zona... pero por desgracia, ya no hay vuelta atrás.  
No sin la ayuda del Stalker.

Bueno, no creo que haya más que decir. Prepárense pues para entrar a la Zona y conocer el secreto que nos aguarda en “lo profundo”.

*Gabriel Benítez L.*

**Stalker o La Máquina de los Deseos**

Una historia de Arkady y Boris Strugatsky

Una película de Andrei Tarkovsky

Traducida del ruso por: **Angel Pozo Sandoval**

Tomado de FICCION CONTEMPORANEA No.2 / 1984

# PARTE 1

## La casa del guía

Una vivienda sórdida y llena de trastos. Una temprana mañana de invierno. Afuera reinan las tinieblas. Un hombre taciturno aparta la frazada y se levanta silencioso de la cama. Toma en sus brazos la ropa, sale de puntillas al cuarto de baño y empieza a vestirse. No advierte que en el umbral del cuarto de baño aparece su mujer, desgreñada y soñolienta, desaseada, en ajado camisón de dormir.

- ¿A donde vas tan madrugador?

No responde. Lo atrapó

- A buscar sapos en la tierra... Volveré pronto. Tengo un asunto. Tú duermes

- ¿Que quiere decir pronto?

- Te he dicho que volveré y basta. Tú duermes.

- No mientas. Sé a donde vas. Ni se te ocurra. No te dejes que vayas.

- ¡Cálmate! Y no grites...

- No quiero que vayas. Me lo decía el corazón: ¡otra vez a las andadas! ¿Quieres que te metan entre rejas?

- Vale más la cárcel que...que esta vida. Para mí basta.

- Tú no te vas a ninguna parte.

El se endereza bruscamente. Ella grita:

- ¡Anda, pégame, pégame, eso sí puedes hacerlo! ¿Por que no me pegas? ¡Clazonazos, eres un calzonazos! ¿Donde está tu palabra? ¡Mira en lo que te has convertido!

- ¡Cálmate te digo! Vas a despertar a la criatura...

- ¡Y la despertaré! ¡Que vea a su papito! ¡Mira que eres! Dime, ¿Donde esta tu palabra? ¿Dónde? Como un ladrón, de puntillas...

- ¡Lo que soy, un ladrón! ¡Con lo que me sales ahora! ¿Has descubierto America? Pero no se lo quito a la gente... ¡He dicho que te calmes!

- No, ahora no me calmaré. Cinco años fuiste a la Zona y estube callada. Esperando a cada instante que te apañaran. Callé mientras estuviste en la cárcel. ¿Me oíste decir una sola palabra, eh? ¡Dos años sin ver en esta casa un centavo, y yo callando! La pulsera, el recuerdo de mi mamá, la robaste, te la jugaste en el hipódromo, ¿o crees que no sé lo que fue de ella?

- ¿Te vasa a callar o no?

- Oyeme. ¡Te lo pido! Nunca te pedí nada. Si quieres me pongo de rodillas... Espera, espera un momento vuelvo en seguida...

Sale corriendo del cuarto de baño y vuelve con un sobre en las manos.

- Mira, aqui tienes dinero, ¿quieres? Tómallo, vete con los amigos a las carreras... a lo mejor tienes suerte...

- ¿Que me das? ¿Estás loca? Si ese dinero lo guardamos para el médico...

- No importa, ya conseguiré más. Pediré prestado... Pero no vayas allá...

- ¡Cálmate de una vez! ¿Puedes callarte? No pidas prestado, nadie te dará más... ¡Mira a quien te pareces! ¿No podemos seguir viviendo así!

- ¡Pero si me lo habias prometido! ¡Me habias dado tu palabra!
- Fui un imbécil, por eso te la di. ¡Tú misma tienes la culpa! ¡Tú misma me has llevado a este extremo! ¿Quieres que yo, un stalker, pida limosna? ¿Que viva de tu dinero? Basta. Mejor será que no me estorbes.
- ¡Pero si te han prometido trabajo! ¡Tú mismo me lo dijiste! Si tú ibas a trabajar en un taxi.
- ¡Puf, otra vez me sales con el taxi! ¡Cuantas veces te lo tengo que decir: No trabajaré para ellos! ¡Nunca he trabajado para nadie! ¡Que trabajen ellos para mi! ¡Dejame pasar!.
- ¡No quiero!
- Yo dejé de ir allá. ¿y que ha cambiado? ¿Se ha puesto bien la nena? ¿O tenemos más dinero?
- Y si tú no vuelves, ¿que será de nosotras?
- ¡No seas pájaro de mal agüero! ¡Y si no vuelvo , merecido me lo tengo!

La empuja.

- ¡Vueno, lárgate! –grita -. ¡Ojala te pudras allá! ¡Madito sea el día en que te conocí! ¡Sabandija! ¡Te maldijo Dios dandote esta criatura! ¡ Y a mi por tu culpa, canalla! ¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Ladrón!

Rompe a llorar la niña. El sale al rellano dando un portazo.

Una bombilla sin pantalla ilumina vivamente el sórdido descansillo.

Un tramo más abajo, en un rincón del rellano, se tambalea un hombre bien vestido, sin sombrero, con el gabán manchado. La ancha bufanda floreada se le ha salido y cuelga hasta el suelo. Mirándolo de cerca se ve que el desconocido está más borracho que una cuba.

## La cafetería

El Stalker atraviesa una manzana de casas por la calle oscura y embarrada bajo la nieve húmeda. Entra en una cafetería abierta día y noche. No hay casi nadie, el tabernero dormita tras la barra.

Sentado en una mesa toma café el Científico. Al ver al Stalker miera el reloj, pero éste le hace una seña con la mano.

- Aguarda, voy a tomarme un café.

Toma una taza de café de la barra, se sienta en frente del Científico, bebe unos sorbos. El Científico lo mira.

- Bueno, tú no te hagas muchas ilusiones. – dice el Stalker- . Puede ser que volvamos con las manos vacías. Eso depende del tiempo... Conque no te alegres por adelantado. Vamos ¿No has olvidado la linterna?
- No, está en el auto.

Salen de la cafetería y montan en un auto que se encuentra cerca. El Stalker se sienta al volante. El auto arranca.

## La quinta del escritor

Todas las ventanas están profusamente iluminadas. Se oye música, voces beodas, risas de mujer. A la puerta de la verja están el Escritor y uno de sus visitantes. El escritor lleva una larga gabardina negra y una bufanda de punto. El visitante esta ante él con una botella empezada y una copa en las manos.

- ¡Querido! El mundo es un aburrimiento – enfatiza el Escritor tambaleándose y agitando un dedo-. Más aburrido que una ostra y por eso...no puede haber ni telepatía, ni fantasmas, ni platillos voladores. Nada de eso...

- Si, pero el memorando de Campbell... -objeta débilmente el visitante.

- Cambell es un romántico. Rara avis in terris, como ya no los hay. El mundo se rige por leyes férreas, y eso es aburrido hasta más no poder. ¿Usted no se ha dado cuenta nunca de que es interesante solo cuando se vulneran. Jamás. No saben vulnerarse. Y no coffe en los platillos volantes de ninguna especie: eso sería demasiado interesante...

- Pero el triángulo de las Bermudas...No va a discutir usted que...

- Si. Lo discuto. No existe ningún triángulo de las Bermudas. Existe el triángulo a-b-c que es igual al triángulo a-prima, b- prima, c-prima...¿Usted siente que fastidioso aburrimiento encierra esta afirmación? En la edad media sí que era interesante. Había brujas, fantasmas, gnomos...Cada casa tenía su duende, en cada iglesia estaba Dios...La gente era joven, ¿comprende usted? Pero ahora de cada cuatro uno es un viejo. Que aburrimiento, ángel mío. ¡ Ay, qué aburrimiento!

- Pero usted no va a discutir que la Zona...es una creación de una supercivilización que...

- Pero si la Zona no tiene nada que ver con ninguna supercivilización. Simplemente se ha manifestado otra pícara y aburrida ley que antes no conocíamos... Y aunque sea de una supercivilización...también es seguramente un aburrimiento... También tendrán sus leyes, sus triángulos y nada de duende, ningún dios...

Zumido del auto. El Escritor se vuelve.

- Vienen por mí.- dice-. Adiós amigo del alma...

Le quita la botella al visitante y se encamina hacia el auto.

Al resplandor de los faros junto a la portezuela del conductor aparece una cara risueña y húmeda que al instante se alarga perpleja.

- Perdón – profiere el Escritor -. Creí que venían por mí.

- Por usted, si. Por usted – dice el Guía -. Siéntese atrás.

- Ah, está usted aquí... encantado. Pero ¿Quién es ese tipo? Me parece que lleva gafas...

- ¡Rápido!

El auto arranca.

El Escritor se desploma en el asiento trasero.

- Debo decirles – pronuncia tartamudeando -. Que me he llevado una pequeña sorpresa: ¿de donde han salido las gafas? ¿Por qué mi guía usa gafas?

El Científico aprieta los labios.

- ¡Las gafas, de las vueltas que quiera, son un síntoma de intelectualismo! – pontifica el Escritor.

El guía pronuncia por encima del hombro:

- ¿Empinaste el codo?

- ¿Yo? ¿En qué sentido... De ninguna manera. No empiné el codo. He tomado unas copitas, sí. Antes de marchar a pescar. Porque ahora vamos a pescar. ¿No?

### **El puesto de guardia.**

El auto para en un camino vecinal. En torno se divisan confusamente húmedos matorrales. El Guía se apea silenciosamente del auto y se dirige a donde, al final del camino, rebrilla el asfalto húmedo. El Científico se apea también, le da alcance y anda al lado.

- Para que ha tomado usted a ese intelectual? – pregunta.

- No importa.- responde el Guía-. Se serenará. Se lo prometo. – Y tras dar una pausa, añade-: Por otra parte, su dinero no es peor que el de usted...

El Científico lo mira rápidamente, pero no vuelve a abrir la boca. Se detienen en una encrucijada y desde los matorrales miran al puesto de Guardia que está en la carretera, a unos cien metros más adelante. En la casita hay luz en la ventana. Al lado, al resplandor lívido de un potente reflector, negrean dos motos con sidecar y un auto patrulla blindado. A la derecha y a la izquierda de la carretera se alejan a través de las colinas los muros protegidos con alambrada y torrecillas armadas con ametralladoras. Las puertas de la Zona están abiertas de par en par.

- La patrulla – dice el Guía.

- Están todos dormidos – musita el Científico-. Hay que tomar carrera y pasar a toda velocidad... No tendrán tiempo ni para parpadear.

- Eres un estratega – dice el Guía -. Rapidea y embate...

Mira abajo, el edificio del Puesto de Guardia sobre el cual descende lentamente la niebla ajironada y gris. Dentro de unos minutos la niebla se tragará el edificio del puesto de Guardia, la puerta cochera y el muro. En la niebla gris oscila una mancha pálida de luz, como un farol ahogándose.

- Así es mejor. – dice el Guía.

Regresan rápidamente al auto.

El Escritor, que se había dormido en el asiento trasero, se incorpora.

- ¿Eh? – pronuncia con voz estentórea-. ¿Hemos llegado?

El Guía se vuelve y, agarrándole la cara con los cinco dedos, lo empuja con fuerza. El Escritor, estupefacto, abre desmesuradamente los ojos; luego dice en un susurro:

- Entendido... entendido... Me callo.

El auto arranca, sale lentamente a la carretera, vira y despacio, muy despacio, en plena correspondencia con las señales luminosas del badén que limitan la velocidad, rueda frente al Puesto de Guardia. Cuando entra en el haz de luz del reflector arrimolinado en la niebla, en su negra y húmeda carrocería se ve una inscripción en tres idiomas:

***ONU Instituto de Culturas Extraterrestres.***

Inesperadamente, detrás tabletea una ráfaga de ametralladora. En la niebla se enciende el reflector violáceo de la guardia. El auto corre en tinieblas a toda velocidad por el húmedo camino. El Guía, con una colilla apagada en la comisura de la boca, maneja el volante.

El resplandor de los faros arranca destellos a las gafas de su vecino de la derecha. El escritor, adelantando el torso, se sujeta con ambas manos al respaldado del asiento delantero y mira fijamente la carretera. Ya se ha serenado bastante.

El Guía quita gas y el auto, con los faros apagados, se desliza cautelosamente por el camino, se hunde en la cuneta, sale de ella y, resoplando el motor, se mete en unos matorrales. Luego se para el motor, se apagan las luces de posición, y la voz del Guía pronuncia en la tinieblas:

- Rápido. Sígueme a rastras. No levanten la cabeza, la mochila llévenla así, a la izquierda. No teman, no nos ven. Si tocan a alguien, no hay que gritar ni correr: si nos ven nos matan. Hay que arrastrarse atrás y salir de la carretera. Por la mañana nos recogerán. ¿Esta todo claro?

- Yo tomaría un traguito...-dice en voz baja el Escritor.

- Calma, borrachín...Vamos.

## PARTE 2

### Antes de la partida

Un túnel oscuro, sin iluminación. Rebrillan los raíles a la luz danzante de la linterna eléctrica. Los tres se encaraman a la estrecha plataforma de una vagoneta automotriz. Una chispa azul ilumina con estruendo por un instante la húmeda bóveda. Pasa al lado una bombilla que arde a media luz.

- Qué bonito –dice el escritor-. Más oscuro que la boca de un lobo. No se ve nada. ¿Es verdad que usted es profesor?
- Si.
- Yo me llamo... -Comienza el Escritor, pero el Guía lo interrumpe.
- Tú te llamas Escritor.
- Hum...-dice el Profesor-. En ese caso ¿Como me llamo yo?
- Tú te llamas Profesor –responde el Guía.
- A mi me llaman Profesor y soy profesor.
- Encantado -dice el Escritor. Pues yo soy escritor y a mí, como es natural, todos me llaman, no se por qué, Escritor. ¿Se imaginan lo molesto que es?
- ¿Es usted un Escritor famoso?
- No. De moda.
- ¿Y de que escribe usted?
- Cómo decírselo...Principalmente de lectores. Ellos no quieren leer otra cosa.
- Creo que tiene razón –indica el Profesor-. Seguramente no vale la pena escribir de otra cosa.
- No tienen razón. En general, no vale la pena escribir. De nada. ¿Y usted es químico?
- Más bien físico.
- Tambien debe ser aburrido, ¿no?
- Es posible. Sobre todo cuando no se tiene suerte en mucho tiempo...

El túnel queda atrás. En las tinieblas del amanecer, iluminada por las chispas del trole, la vagoneta eléctrica rueda por el terraplen.

- Pues a mí, al revés –dice el Escritor-. Me aburro cuando la suerte me acompaña mucho tiempo...
- ¿A quien acompaña la suerte mucho tiempo? –inquire el Guía-. Si tú pierdes cada día en las carreras.
- ¡Estimado ojo de lince! –sermonea el Escritor-. El Profesor y yo hablabamos de otras carreras bien distintas. Cabalgamos toda la vida, y eso nosotros no lo llamamos steeplechase sino reflejo de la realidad objetiva, o, hablando en lenguaje de los profanos, búsqueda de la verdad. Ella se esconde, y nosotros la buscamos. La encontramos, la atrapamos, nos divertimos y seguimos corriendo. ¿No es cierto, Profesor?
- Mi verdad, en todo caso, no se esconde –responde el Profesor-. “Dios es astuto, pero no malintencionado”.
- El diablo –corrige el Escritor.
- Enstain decia “Dios” y se referia a la Naturaleza.

- Pero los maníqueos decían “el diablo” y se referían al diablo. Pues bien, su diablo, quizá, no sea malintencionado: escondió la verdad de ustedes al comienzo mismo una vez y no ha vuelto a acordarse de ella. Y ustedes andan cavando tan pronto en un lugar como en otro. Cavan en uno, ah, el núcleo esta formado por protones. Cavan en otro, ¡que hermosura!, el triángulo a-b-c es igual al triángulo a-prima, b-prima, c-prima. No se han situado mal. Mi diablo es otra cosa. No permanece cruzado de brazos. Yo extraigo la verdad, pero él mientras tanto hace algo con ella. Y resulta que extrayendo la verdad he sacado una porquería. Tomen, por ejemplo, el principio de Arquímedes... Desde el comienzo mismo era cierto, lo sigue siendo hoy y lo será siempre. Cualquiera lo puede comprobar, ahí esta. Pero basta tomar cualquier olla del siglo octavo... sí, en el siglo octavo tiraban a ella las sobras, pero hoy está en el museo despertando admiración por el laconismo del dibujo y la forma sin par, y todos alrededor abren un palmo de boca hasta que se aclara que no es del siglo octavo, que la hizo Gur, el Tuerto y la metió en las excavaciones para causar sensación... Su forma continuúa siendo sin par y el dibujo lacónico, pero la admiración, por raro que parezca, desaparece...

- Vaya, usted no tiene razón –dice el Profesor-. Usted habla de los profanos y los snobs.

- Nada de eso –dice el Escritor-. Hablo de las ollas. Yo mismo llevo veinte años modelándolas. Y como soy un escritor bastante conocido, admiran a los bibliófilos por el laconismo del dibujo y la forma sin par. Pero dentro de diez años vendrá un chiquillo y con candorosa simpleza se pondrá a gritar que el rey está desnudo... Y dentro de cien años -¿Quién sabe?- se presentará otro chiquillo y empezará a gritar “¡Eureka!”, refiriéndose a mis obras. Casos así ya se han dado...

- ¡Dios mío! –exclama el Profesor-. ¿Y usted piensa en eso continiamente?

- Por primera vez en la vida. En general, pienso muy rara vez. A mí eso me perjudica.

- Quiero decir que no es posible, seguramente, escribir una novela y pensar continuamente cómo se leerá dentro de cien años...

- Claro que no es posible. Pero, por otro lado, si no la van a leer dentro de cien años, ¿Para que demonios escribirla?

- ¿Y el dinero? –intercede malévolo el Guía-. Tú no preocupes por él, Profesor, él no piensa en nada de eso. Piensa en mujeres, en carreras, esas son todas sus meditaciones... ¡La pura verdad! Vale más que le preguntes a cuánto le pagan la línea.

Pausa. Después el Profesor dice en voz baja:

- Si todo es tan sencillo, ¿Para qué ha venido con nosotros a la Zona?

- Silencio... -ordena el Guía.

La vagoneta aminora la marcha. Delante, saliendo de las tinieblas, se va acercando un edificio de la estación medio derruido.

- Hemos llegado. – El Guía salta a los durmientes-. ¡Un descanso!

- ¡Quita allá! –profiere el Escritor enderezándose-. Bueno, ¿al menos se podrá tomar un trago?

Encima de un periódico extendido sobre la plataforma hay un termo con café, una botella de licor y unos paquetes abiertos de comida. Los tres mastican de buena gana, tomando

sorbos de vasitos plegables. Ha clareado del todo, pero no se ha disipado la niebla, es tan densa como antes, , aunque no lechosa, sino verdosa.

- Para mí, ustedes dos son unos novatos –dice el Guía-. No los he visto en la Zona y no espero nada bueno de ustedes. Ustedes me han contratado, y yo me esforzaré por que queden vivos el mayor tiempo posible, y por eso no se ofendan. No tengo tiempo para los cumplidos. Les cascaré con lo que tenga a mano si no hacen algo bien...

- Por favor, que no sea en el brazo izquierdo –dice el Escritor.

- ¿Por qué?

- Me lo fracturé en la infancia. Lo cuidó.

- Ah... -El Guía se sonríe malicioso-. Creí que eras zurdo y escribías con la izquierda. Bueno entonces te zumbaré en la cabeza. ¿Qué tal la tienes desde la infancia?

- Usted es demasiado severo con nosotros –dice el Escritor y alarga la mano hacia la botella.

El Guía agarra la botella, enrosca con fuerza el tapón y se la guarda en el bolsillo del anorac.

- Eje-je-je-je –pronuncia el Escritor y se sirve el café.

- Que silencio –dice el Profesor. Fuma pensativo, recostando la espalda en la lateral de la vagoneta.

- Aquí siempre hay silencio –dice el Guía-. Las ametralladoras quedan lejos, a unos quince kilómetros, y en la Zona no hay quien haga ruido.

- ¿Será posible que estén a quince kilómetros? –se sorprende el Profesor-. Yo no tenía ni idea de que se podía penetrar tanto...

- Se puede. Penetraron. Ahora se disipará la niebla, y verás cómo penetraron.

De repente se oye en la niebla un ruido prolongado y chirriante. Todos se estremecen, hasta el Guía.

- ¿Qué es eso? –pregunta solamente con los labios el Escritor, que se ha puesto pálido.

El Guía meneaba la cabeza callado.

- ¿Y si, a pesar de todo, es verdad que aquí...viven? –pregunta el Profesor.

- ¿Quién? –inquire despectivo el Guía.

- No sé... Pero una leyenda cuenta que quedó gente en la Zona...

- Eso son habladurías y no leyenda –le interrumpe el Guía-. Aquí no hay ni puede haber nadie. Es la Zona, ¿entendido? ¡la Zona!

Mientras tiene lugar esta conversación, el Escritor gira la cabeza pasando la mirada de uno a otro. Está todavía pálido, pero se va sosegando poco a poco.

- Yo, claro, comprendo –dice- que la Zona es la Zona y no una mazona, ni una mona ni una comilona... Pero, por si acaso, algo he traído conmigo.

- ¿Que has traído? –El Guía fija los ojos en el Escritor.- ¿que has traído, espantapájaros?

El Escritor se da significativamente unas palmadas en el trasero.

- Dame tu cacharro –dice el Guía y extiende la mano.
- ¿Para qué?
- ¡Dámelo, te digo!

El Escritor titubea. La expresión de significativa superioridad desaparece de su semblante.

- En la Zona no hay que disparar, imbécil –dice el Guía-. Dame tu pistola.
- No se la doy –dice con decisión el Escritor, pero añade en seguida, bajando el tono-: La necesito yo, ¿comprende?
- Comprendo –dice el Guía en voz inesperadamente suave-. Pero allí no te va a hacer falta para nada. Si te zumban de verdad ni Dios te salva. Pero si te hechan el guante o te ves en un apuro yo te sacaré. Muerto, no, muerto te dejaré. Pero vivo te sacaré. Eso te lo prometo. No tomo el dinero en balde. Dame.

El escritor saca de mala gana del bolsillo trasero una diminuta browning de señora.

- No tiene más que una bala –balbucea-. En la recámara.
- Entendido... -El Guía expulsa el cartucho y arroja desdeñoso el arma a los durmientes-. En la Zona no se puede disparar –dice aleccionador-. En la Zona, no digamos disparar, a veces es peligroso tirar una piedra. ¿Y tú? –pregunta al Profesor.

Este coge con dos dedos el borde del cuello del anorac.

- Para un caso así yo traigo una ampolleta –dice contrito.
- ¿Qué, qué?
- Una ampolleta de defensa. Veneno.

El Guía esta pasmado.

- ¡Venga, venga, muchachos!... No, eso... ¿Es que han venido aquí a morir? ¿No quiere nadie aliviarse? –salta a los durmientes- Miren, después es posible que no haya tiempo. O no haya dónde...

Se aparta de la vagoneta y desaparece al instante en la niebla.

- Pues, tiene razón, ¿para qué ha venido usted aquí? Un escritor de moda, con una quinta tan estupenda... Las mujeres, de seguro, se le cuelgan al cuello en racimos... -El Profesor mira al Escritor enarcando las cejas.
- Eso usted no lo puede comprender, Profesor –responde distraídamente el Escritor, arrojando al aire y recogiendo en la mano un vasito plegable-. Hay un concepto que se llama inspiración. Voy a solicitarla.
- ¿Cómo es eso, quiere decir que ha perdido la vena literaria? –pregunta el Profesor en voz baja.
- ¿Qué? Ah, sí, el caso es que nunca la tuve. Bueno, esto no es interesante. ¿Y usted?

El Profesor no tiene tiempo de responder. Aparece el Guía.

- Pronto nos iremos. Prepárense.

## PARTE 3

### La Zona

La niebla se ha desvanecido.

Ala izquierda del terraplén se extiende hasta el horizonte un llano montuoso, sin el menor síntoma de vida, sumido en verdosas sombras. Pero sobre el horizonte, propagándose en el claro cielo, despunta un resplandor esmeralda, puro como el color del arcoiris: el alba propio de la Zona. Y tras la negra cadena de los cerros asoma pesadamente el sol verde, roto en varios pedazos desiguales.

- También por esto he venido aquí... -pronuncia con voz ronca el Escritor.

Su rostro es verdoso como el del Profesor. El Profesor calla.

- No miran donde deben –dice la voz del Guía-. Miren aquí.

El Escritor y el Profesor se vuelven.

A la derecha del terraplén también se prolonga un llano montuoso, se ven a lo lejos unos postes, el armazón retorcido de una línea de alto voltaje. Se divisa una carretera entre los cerros. Aquí el terraplén describe un ancho arco, y desde el lugar donde están nuestros personajes se ve bien la cabeza del convoy que trajo aquí hace tiempo una unidad de tanques.

Pero algo había ocurrido ahí, delante, la locomotora y las dos primeras plataformas habían descarrilado, varias de las plataformas siguientes estaban atravesadas en la vía, los tanques caídos enseñaban los costados o las orugas al aire en el terraplén y bajo el terraplén. Por lo visto, habían conseguido bajar varios carros al pie del terraplén y hasta intentaron llevarlos a la carretera, pero no llegaron: quedaron parados entre la carretera y el terraplén en pequeños gupos, con los caflones apuntando a diversos lados, algunos, no se sabe por qué, sin orugas, otros hundidos en el suelo hasta la torrecilla, unos cerrados herméticamente y otros, con las escotillas abiertas de par en par.

- Y dónde está... la gente? -pregunta en voz baja el Escritor-. Porque allí había gente.

- Lo mismo pienso yo aquí cada vez -responde el Guía bajando la voz-. Porque yo los vi embarcar en nuestra estación. Yo era entonces un chiquillo. Entonces todos creían que eran intrusos que querían conquistarnos. Por eso lanzaron a estos... Estrategas... -escupe-. No volvió nadie. Ni un alma. Penetraron. Bueno, basta. Entonces, nuestra dirección general será aquel poste que se ve allí. . . -Extiende el brazo señalando-. Pero no miren el poste. Miren a sus pies. Lo he dicho y lo repito otra vez. Ustedes son unos mierdas. Unos novatos. Sin mí no valen nada, están perdidos como conejos. Por eso yo iré detrás. Iremos en fila india. Encabezarán la marcha por turno. Primero irá el Profesor. Yo señalo la dirección, no se aparten porque será peor para ustedes. Tomen la mochila.

El Profesor se echa, la mochila a la espalda.

- Así, Profesor, la primera dirección es aquella piedra blanca. ¿La ves? Andando. -ordena el Guía.

El Profesor comienza a descender del terraplén el primero. Cuando se aleja cinco pasos, el Guía ordena:

- ¡Oye, tú, Escritor! ¡Siguelo!

Y, aguardando un poco, empieza a descender él mismo.

Ha terminado la mañana verde de la Zona, se ha diluido en la luz habitual del sol.

Tras haber descendido del terraplén, trepan ahora despacio, en fila india, por la pendiente suave de un cerro.

Desde aquí el terraplén se ve como sobre la palma de la mano. Algo raro ocurre allí, sobre los tanques vencidos; se diría que chorros de aire caliente ascienden sobre este lugar: de cuando en cuando se enciende y tornasola en ellos un brillante arco iris.

Pero no miran allí. El Profesor va delante y antes de cada paso escudriña receloso el lugar donde poner el pie. El Escritor lo sigue, mirando no tanto a sus pies como a los del Profesor.

Observa mal la distancia, pero el Guía de momento calla. Su mirada resbala con la automática rapidez acostumbrada de sus propios pies a la nuca del Escritor, a la nuca del Profesor, a la derecha del Profesor, a la izquierda del Profesor y de nuevo a sus pies.

El Profesor llega a la cumbre del cerro, y el Guía ordena al instante:

- ¡Alto!

El profesor se detiene obediente, pero él Escritor da otros dos pasos y se vuelve muy disgustado.

El Guía está inmóvil, entrecerrados los ojos, y mueve los dedos de la mano extendida como palpando algo en el aire.

- Bueno, ¿Que pasa ahí? - inquiera con repugnancia el Escritor.

El Guía baja cuidadosamente la mano y se acerca de lado al Profesor. En su rostro se reflejan la tensión y la perplejidad.

- No se muevan -dice con voz ronca-. Ahí parados, sin moverse...

El Escritor mira a los lados asustado.

- ¡No te muevas, imbécil! -profiere con voz ronca el Guía.

Están inmóviles, como estatuas, y los rodea la hierba verde y apacible, los arbustos ondulan despacito al soplo del viento, y todo lo ilumina un sol esplendente y acariciador. Luego el Guía dice de pronto en un suspiro:

- Hemos salido de un mal paso... Andando. No, aguarden, echemos un pitillo.

Se sienta en cuclillas y saca del bolsillo una cajetilla de tabaco. Tira de un cigarrillo con los labios y tiende la cajetilla al Profesor, que se acuclilla al lado.

El Escritor pregunta con irritación:

- Bueno, ¿puedo acercarme a ustedes, por lo menos?

- Si -responde el Guía dando una chupada-. Puedes acercarte. Acércate.- Su voz se endurece-. ¿Qué te había dicho yo?

El Escritor se detiene a medio camino.

- ¿Que te había dicho yo, mamarracho? Yo te digo “¡Alto!” y tu sigues arreando; yo te digo: “¡No te muevas!” y tú venga a mover el bote...No, él no llegará -dice el Guía al Profesor.

- ¿Que se le va a hacer? Reacciono mal -dice quejumbroso él Escritor-. Deme un pitillo, por favor...

- Si reaccionas mal tenias que haberte quedado en casa -dice el Guía, sacando del bolsillo un puñado de tuercas de diferentes tamaños.

Empieza a “tantear” el camino.

Tira una tuerca delante. Pausa. Se acerca despacio al lugar donde ha caído. Tira otra. Y así paso a paso, de una tuerca a otra.

El Guía llama al Profesor:

- ¡Venga! Parece que hemos salido del paso. . .

Avanzan con pies de plomo. El Profesor, el Escritor y el Guía. El sol ya está en lo alto, en el cielo no hay ni una nubecilla, achicharra. A la izquierda, la ladera; a la derecha, una acequia llena de agua negra estancada. Profundo silencio, no se oyen pájaros ni insectos, Sólo susurra la hierba bajo los pies.

A los pocos pasos el Escritor empieza a silbar una musiquilla. Da varios pasos más, se agacha, recoge una varita y sigue adelante golpeando con la varita la pernera del pantalón.

El Guía observa con dura mirada sus acciones. Y cuando el Escritor se pone a quebrar con la varita las florecillas marchitas a diestra y siniestra, el Guía saca del bolsillo una tuerca y la arroja con buena puntería a la nuca del Escritor. Un repentino chillido interrumpe el alegre silbido.

El Escritor se lleva las manos a la cabeza y se sienta en cuclillas, encogiéndose. El Guía se detiene a su lado.

- Así ocurre -dice-. Pero no creo que te diera tiempo a chillar. . . ¿No te has ensuciado en los pantalones?

El Escritor se endereza lentamente.

- ¿Que ha sido? -pregunta asustado, palpándose la nuca.

- He querido mostrarte lo que ocurriría si vas así por la Zona! -explica el Guía-. Eres un suicida.

- Bueno, bueno -responde el Escritor, humedeciéndose los labios con la lengua-. Entendido.

Atraviesan un vertedero. Brillan cristales rotos, están tirados una tetera abollada, una muñeca con las piernas arrancadas, trapos, montones de latas de conserva oxidadas... Ahora va delante el Escritor, su rostro tiene una expresión malévola y tensa, tuerce el gesto.

Una enorme zanja. La llena el cuerpo medio desinflado de un aeróstato de la defensa antiaérea. Van pisando la superficie que cede bajo sus plantas, andan despacio, moviendo con cuidado los pies, y de pronto el Escritor profiere un grito raro como graznido de un cuervo y se detiene.

Y empieza a empaparse. El líquido brota de su cuerpo atravesando las ropas, le chorrea la cara, de los dedos agarrotados manan chorritos, los cabellos se le pegan a las mejillas y después empiezan a resbalar en mechones sobre el pecho y los hombros.

- Tranquilos, muchachos -profiere el Guía-. Nos hemos colado. ¡Tumbate! -grita al Escritor-. ¡Prueba a tumbarte! ¡Y tú también, Profesor! ¡A tierra! No te apures, no te apures... él se tumbará ahora...

El Guía y el Profesor se echan al suelo, pero el Escritor no puede. Los calambres estremecen su cuerpo.

Pero luego todo cesa igual de inesperadamente. El líquido se va secando a ojos vistas. El Escritor está ya tan seco como antes, pero en sus hombros y en el pecho cuelgan, sacudidos por el vientecillo, secos mechones de pelo. Desfallecido, se tumba de costado. El Guía y, tras él, el Profesor se levantan, se acercan cautelosos al Escritor.

- No es nada, no es nada -dice el Guía-. Ahora se levantará. Pues es verdad, tiene suerte el demonio... Aquí a las buenas personas se les vaciaban los ojos, y él no ha perdido, más que el pelo... Bueno, levántate, levántate, no sigas tumbado...

El Escritor se incorpora trabajosamente. Se palpa la cabeza, mira los cabellos en los dedos.

- Vamos -dice el Guía-. De todas maneras no podrás contarlos. Profesor, adelante.

Entran debajo de una red de enmascaramiento podrida por los años. Se ve que aquí hubo en otros tiempos posiciones de ametralladoras: hay tirados cajones de munición, ametralladoras hundidas en la tierra, cascos y caretas antigás cubiertos de arena.

- Haremos un alto -anuncia el Guía.

Todos permanecen de pie inmóviles. Los rodea el silencio, sólo silba el viento, y susurra un periódico sucio y arrugado que se ha enrollado a una pierna del Profesor.

- Aguarden -dice el Escritor-. No sé qué tengo en las piernas... me fallan...

- ¿Que ha sido? -pregunta el Profesor sin volverse.

El Escritor suelta una risita nerviosa, pero el Guía dice:

- No lo sé... Ha pasado, gracias a Dios. -Y gruñe mirando a los lados-: ¡Qué sitio de mala muerte!

Se acomodan a la sombra de la red de enmascaramiento. El Guía escancia alcohol en los vasitos que le tienden. Todos beben.

- Cómo anda usted de apetito, Profesor? -pregunta el Escritor, mordiendo con asco un huevo duro.

- Si le digo la verdad, no ando bien -responde el otro.

- ¡Que bien vendría ahora una cerveza! -suspira el Escritor-. ¡Bien fría! Tengo seco el garguero.

El Guía sirve otra copa a cada uno. El Profesor le pregunta receloso:

- ¿Nos queda mucho todavía?

El Guía calla, luego responde sombrío:

- No lo sé.

- ¿Que dice el mapa?

- ¿Qué va a decir el mapa? ¿Y es que eso es un mapa? No tiene escala. Es verdad que el Zorro volvió en dos días, pero era el Zorro.

- ¿Que Zorro? -pregunta el Escritor.

El Guía se sonríe socarrón, enciende despacio un pitillo.

- El Zorro, hermano, no hace pareja con nosotros. Empezó en los primeros días, me llevó a mí cuando crecí. Era un gran hombre. Un as.

- ¿Y por qué era? -pregunta el Escritor-. ¿Es que ... ?

- Si, si. Lo que piensas. Se iba con uno o dos y regresaba solo. Con el tenían que haber ido. . . -Se ríe de un modo desagradable, trasladando la mirada del Profesor al Escritor y a la inversa-. Por lo demás, hasta aquí habrían llegado con él también. ¡Bueno! -se interrumpe-. Ustedes hagan lo que quieran que yo voy a echar un sueñecito. Pero no armen ruido aquí... Y no se les ocurra pasear...

El Guía se queda dormido, poniendo la cabeza en la mochila. El Profesor y el Escritor, recostando las espaldas en la pendiente arcillosa. Fuman y platican:

- ¿Y que le pasó a ese As? -pregunta el Escritor.

- Fue el único que llegó hasta el lugar y regresó -responde el Profesor-. Volvió y en dos días se hizo rico... Fabulosamente rico. El Profesor calla.

- ¿Y qué?

- Luego se ahorcó. Al cabo de una semana

- ¿Por qué?

El Profesor se encoge de hombros.

- Un caso raro. Pensaba volver allí, junto con. . . el nuestro. El nuestro fue a verlo a la hora convenida, y el Zorro estaba colgado. En la mesa había un mapa y una esquela

deseándole suerte.

- ¿Y no sería que el nuestro le ...?

- Si. Es capaz -asiente de buen grado el Profesor.

Durante un rato fuman callados.

- ¿Y qué le parece a usted, Profesor, será verdad que existe ese lugar? Donde se cumplen los deseos...

- El Zorro se hizo rico. Toda su vida habla soñado ser rico.

- Y se ahorcó...

- ¿Pero usted está seguro que él iba a hacerse rico? ¿El Zorro? ¿Es que le dijo a alguien para qué iba a la Zona? Lo que pasa es que el hombre nunca sabe lo que quiere. Es un ser complicado. La cabeza quiere una cosa, la médula espinal otra y él alma otra... Y nadie es capaz de orientarse en ese berengenal. En todo caso, aquí se trata de algo íntimo.

¿Comprende usted? ¡De un deseo íntimo!

- Cierto -corroboró el Escritor-. Usted lo dice muy bien. Antes dije que venía aquí en busca de inspiración. Mentira. La inspiración me importa un comino...

El Profesor lo mira curioso.

El Escritor continúa, después de una pausa:

- Aunque quizá sea verdad que busco inspiración... ¿de donde voy a saber cómo hay que llamar lo que yo quiero? ¿Y de dónde voy a saber que yo quiero lo que quiero? Son cosas inaprensibles: basta mencionarlas y su sentido desaparece, se diluye. Como una medusa al sol. ¿Lo ha visto alguna vez?

El Profesor baja los ojos y se pone a mirar sus uñas sucias y rotas.

- Vaya, vaya. A propósito, debo decirle que para usted... Si, para usted es contraproducente ir allí.

El Escritor asiente hipócritamente.

- Si, claro, si, claro. . . Yo, desde luego, no soy un científico... ¡Usted es otra cosa! ¿Usted es un científico de verdad? ¡Entonces, claro! El experimento, los hechos... La verdad en última instancia. Pero, creo yo, no suele haber hechos. No los suele haber en general y aquí, en la Zona, con mayor motivo. Aquí todo ha sido inventado por alguien, ¿es que no lo siente? ¡Todo esto es una invención idiota! Nos están engatusando a todos. ¿Quién? No se comprende. ¿Para qué? Tampoco se comprende.

- A pesar de todo, sería interesante saber quién y para qué

- ¡No es eso! "¿Quién y para qué?" ¿Para que sirvan sus conocimientos? ¿que conciencia se hará más pura con ellos? ¿Que conciencia se dolerá? ¿La mía? Yo no tengo conciencia, no tengo más que nervios. Me critica cualquier canalla: abre una herida. Me alaba otro canalla: Otra herida más... ¡A ellos les da igual lo que yo escriba! ¡Se lo tragan todo! Pones el alma, pones tu corazón, y se tragan el alma y el corazón. Sacas la porquería de tu alma y se tragan la porquería... Les da igual qué tragar. Todos sin excepción son gente instruida, todos tienen hambre sensorial... Y todos ronronean,

ronronean a mi alrededor: periodistas, redactores, críticos, damas interminables... ¡Pero luego se jactan delante de sus maridos que yo me digné a dormir con ellas! Y todos exigen: ¡dame, dame! Y yo doy, y siento ya asco, hace tiempo que deje de ser escritor... Qué escritor del diablo soy yo si odio escribir, si para mi escribir es un martirio, una ocupación desagradable y vergonzosa, algo así como una dolorosa función fisiológica...

Calla súbitamente y permanece un rato con los ojos cerrados. Un tic nervioso contrae su rostro.

- Yo antes creía que era necesario para ellos -prosigue en voz baja-. Yo creía que alguien se hacía mejor y más honrado después de haber leído mis libros. Más puro, más bueno... No soy necesario para nadie. Lo único que tengo es la quinta. Con cuarto de baño. Me moriré, y a los dos días me habrán olvidado y se podrán a devorar a otro cualquiera. ¿Se puede dejar todo esto así? Yo quería rehacerlos a mi imagen y semejanza. Pero ellos me han rehecho a mi a su manera. Antes el futuro era sólo la repetición del presente, y todos los cambios se vislumbraban tras lejanos horizontes. Ahora no hay ningún futuro. Se ha unido con el presente. Pero ¿están preparados para eso? Yo intenté prepararlos, pero no quieren prepararse, les da todo igual, no hacen más que tragar.

- Vehemencia. . . -dice despacio el Profesor-. Mucha vehemencia... ¡Pero usted está dispuesto a hacer el bien a todos, señor Escritor!

- ¡Déjeme en paz! -responde el otro sin abrir los ojos.

- No, no, porque eso es muy peligroso, ¿se da cuenta? ¡Un benefactor vehemente!

El Escritor se sienta de un tirón y mira furioso al Profesor.

- ¿Qué es peligroso? ¿Qué es peligroso? Yo quiero tranquilidad, ¿entiende?  
¡Tranquilidad!

- Entiendo. Pero usted no se retira ahora al desierto a buscar una vida tranquila. ¡Usted va a la Zona! ¡A ese mismo lugar!

El Escritor se echa nuevamente de espaldas y se tapa los ojos con la palma de la mano.

- Oiga, yo no quiero discutir con usted. De la discusión nace la luz, ¡maldita sea!...

## PARTE 4

### La Zona (2)

El Guia abre los ojos. Permanece un rato tumbado, prestando oído. Luego se levanta sigilosamente y, pisando con cuidado, sale de la sombra y se detiene junto al Profesor y el Escritor, que están dormidos. Los examina atentamente, primero a uno y luego a otro. Su expresión es concentrada, y la mirada parece medirlos. Finalmente, mordiéndose el labio inferior, ordena en voz baja:

- ¡En pie!

La angosta quebrada entre dos cerros está llena de un líquido viscoso y turbio. Van por un chapoteante estriberón medio podrido. Sobre la superficie de la ciénaga remolinea una niebla repulsiva. El Guia marcha delante, lo siguen el Escritor y el Profesor. Respiran penosamente, se ve que están derrengados.

De pronto el Guia se detiene como si hubiera tropezado en un obstáculo invisible. Está clavado y mueve la cabeza olfateando.

El Escritor se detiene al lado y, apoándose en la vara, toma aliento.

- Bueno... ¿Qué pasa? -pregunta.

- Cállate. . . -dice en voz queda el Guia.

Hace un movimiento para echar a andar, pero no se mueve del sitio. Mete la mano en el bolsillo, saca una tuerca, va a lanzarla, pero no se decide. La tuerca cae al suelo. Su rostro está livido y bañado en sudor.

- Eso sí que no. . . -refunfuila.

Retrocede abriendo los brazos. Después, sin mirar, quita la vara al Escritor y la hunde en la ciénaga junto al estriberón.

- Así será más seguro. . . -murmura-. Venga, siganme.

Desciende con cuidado del estriberón y al instante se hunde hasta los muslos.

- ¿Para qué? -pregunta quejumbroso y cansado el Escritor.

El Guia no responde. Tanteando el camino con la vara se va alejando del estriberón.

En medio de la niebla caminan trabajosamente por el barro chapoteando hasta la cintura, cayendo y levantándose, sumergiéndose hasta la cabeza, escupiendo y tosiendo. No pueden detenerse porque el tremedal se los tragaría.

De pronto el Profesor se hunde hasta el cuello, forcejea para incorporarse y tenderse de bruces, pero no lo consigue.

- ¡Socorro! -grita con las últimas fuerzas.

El Guia vuelve la cabeza. Su semblante refleja sincero, horror.

- ¿A dónde vas? -grita con voz ronca y, salpicando barro, se dirige hacia el Profesor-. ¡La mochila! ¡Tira la mochila!

El Profesor menea la cabeza que sobresale en la superficie del barro.

- ¡La vara! -grita afónico-. ¡Deme la vara!

- ¡Tira la mochila, te digo!

- ¡Quitate la mochila, imbécil! -chilla el Escritor, brincando impotente en el barro.

- ¡La va. . . -La cabeza del Profesor se hunde en la ciénaga, reaparece y rugue con voz terrible-. ¡Dame la vara, animal!

Intenta agarrarse a la vara tendida, falla; luego la encuentra por fin a tientas y se aferra a ella con ambas manos.

Trepan trabajosamente a la cuesta arcillosa y seca.

- Bueno, te habrias ido al fondo como una piedra -gruñe el Guia-. Y me habrias arrastrado a mi. El Escritor se habria quedado solo arrastrándose por el pantano. ¡No sueltas tu mochila ni a la de tres!

- No habia que haberse metido alli -replica el Profesor.

- A ti no te importa donde decido meterme...

- ¡Pues mi mochila tampoco te importa a ti!

- ¿Qué llevas ahí: un tesoro? -alza la voz irritado el Escritor, pero el Profesor no le hace caso.

- ¡Parece mentira! -dice-. ¡Vamos por un camino llano estupendo, y de pronto se mete en esta... letrina!

- Me lo dice el olfato, ¿puedes entenderlo o no? ¡El olfato!

- ¡Menudo olfato!

- Mira qué tonto cuatroojos! -El Guia se palmea en las rodillas, de él caen pedazos de barro seco.

- Mi vista a usted no le importa. Y ¡basta ya! Una estupidez detrás de otra.

- No es ninguna estupidez. ¡Y a ti habia que darte con esta vara entre las orejas! Dame la botella... Hay que ver: por un par de pantalones sucios ha estado a punto de irse al otro barrio.

- ¿Que pantalones? -pregunta el Escritor.

- ¿Pues qué es lo que lleva en la mochila? ¿Conservas?...

- ¿Que conservas ni qué narices? ¡Es que no pude quitármela, no pude! ¡Me habria ahogado mientras me la quitaba, maldita sea!

- Bueno. Basta. . . -El Guia se levanta y, arrugando la frente, escudriña el terreno-. ¿A dónde hemos venido a parar? No conozco estos lugares... Porque el canalla del Zorro no señaló nada en la ciénaga y alli hay algo... Claro, puede ser que apareciera luego, después de él...

- A propósito -deja oír su voz el Profesor-. ¿El Zorro fue el unico que llegó a aquel lugar?

- No sé de otros.

- ¿Y hubo quien se puso en camino y no llegó? -pregunta de pronto el Escritor.

- Si que hubo. Yo también fui, pero no llegué.

- ¿Y para qué iban? -pregunta el Profesor.
- Cada cual a lo suyo... Principalmente por el dinero, claro. ¿Crees que no sé para qué vas tú? ¿Quieres que lo diga? No te admitieron en la expedición y tú has decidido demostrar que se equivocaron. ¡Y haces bien! ¿Entiendes? Quieres arreglar tus asuntos personales, hacer algún descubrimiento para dejarlos a todos con la boca abierta. Que digan: mirale, resulta que nuestro Profesor es un hombre de valia. Vayan y denle el Premio Nobel!
- Bueno, ¿y usted? ¿A qué va usted?

El Guia calla un rato contrariado.

- Yo tengo mis asuntos... familiares.
- ¿Como el Zorro? -pregunta bajito el Profesor.

El Guia se vuelve bruscamente y lo mira, pero el Profesor yace con los ojos cerrados, cruzados los brazos tranquilamente sobre el pecho.

- No me compares con él -pronuncia el Guia en tono amenazador-, Tú no lo conocias, no lo viste nunca y a mi tampoco me conoces. Conque no hay que compararnos.
- Nadie conoce a nadie -dice el Profesor sin abrir los ojos.
- Dejelo, ya está bien. -dice irritado el Escritor-. Con lo que sale: ¡nadie conoce a nadie! ¡Ni que fuera él binomio de Newton! Asuntos familiares... Perdió los cuartos en las carreras, en casa no tiene nada de comer, no quiere trabajar porque es un lumpen de nacimiento ... amigo de pimplar y de jugar a las cartas. . . Y la mujer, claro, es una zarrapastrosa y una bruja, siempre dando lata y pidiendo dinero... y un montón de hijos, todos unos bandidos que no salen de la comisaria... ¡Nadie conoce a nadie! ¡Con lo que sale!

Durante toda esta opinion el Guia se ruboriza, intenta decir algo, interrumpir, pero no puede. Y solamente cuando el Escritor se calla, profiere por fin...

- Más eres tú... Pero ¿cómo puedes decir eso de mi? ¿Qué sabes tú de mi? Tú eres un escritorzuelo de mala muerte, vendido al mejor postor... Tú deberías escribir en las paredes de los retretes, gorrón... Y mi hija, ¿qué sabes tú? Tullida de nacimiento, ¿eso tú lo sabes? ¡Yo iba por la Zona, y ella lo está pagando! ¿Es una criatura, pero la hacen rabiarse porque está ciega y anda con muletas! Todo lo que traía de la Zona lo gastaba en médicos, pero ellos no prometen nada. ¡Buenos profesores están hechos! ¿Como ustedes!... ¡Ah, para qué hablar contigo, pendejo!

Se levanta bruscamente y desaparece tras el cerro.

- No debia haberle dicho eso -dice el Profesor.
- ¿Por qué? Vamos a ver, ¿por qué? Todo lo que dice es mentira. Lo acaba de inventar. ¡Le veo el juego!
- No, no. Yo lo conozco hace tiempo. Su biografia es de miedo. Se hizo stalker siendo un chiquillo, estuvo varias veces en la cárcel, se echó a perder, y es cierto que la hija es mutante, -una victima de la Zona-, como dicen los periódicos. Hace varios años trabajó de laborante en mi Instituto, de manera que yo...
- De todos modos miente. No se trata de la hija. Lo de la hija se le ha ocurrido ahora por

primera vez en la vida. Simplemente al lumpen no le gusta que le llamen lumpen. Necesita que lo traten con miramientos, que le sirvan en bandeja nobles sentimientos... El conde, arrojando el guante, se alejó altivamente. Pero volverá a casa con un saco, lleno de dinero, lo verá...

- Se nota que tiene buena mano. Bueno, no es eso.

Pausa. El Profesor se sonríe sarcásticamente:

- Que vuelve con botín, es la fortuna. Que vuelve vivo, suerte la suya. Que le alcanzó una bala de la patrulla, potra que tiene. Y todo lo demás, el destino.

- ¿Qué sapiencia tan desalentada es esa?

- Folklore local. Usted olvida continuamente que estamos en la Zona. En la Zona no se pueden hacer movimientos bruscos ni soltar expresiones ásperas.

- Perdón. Pero no me gusta que llenen de mocos filosóficos las cosas más elementales.

- Bueno... ¿Pero acaso a usted le gusta algo, hablando en general?

- Antes me gustaba escribir, pero ahora no me gusta nada. Ni nadie.

- ¿A usted no se le ha ocurrido nunca lo que sucederá cuando todos crean en este lugar al que vamos? ¿Cuando se lancen aquí miles, centenares de miles? -pregunta de pronto el Profesor.

- Hoy ya son muchos los que creen, pero ¿cómo llegar?

- Llegarán, amiguito, llegarán. Uno entre mil, pero llegará. Porque el Zorro llegó. .. Y el Zorro no es el peor. Los hay peores. No necesitan oro ni tienen asuntos familiares.

¡Arreglarán el mundo, mi estimado! Reharán el mundo entero, a su voluntad, todos esos frustrados emperadores de toda la Tierra, grandes inquisidores, führers de toda calaña, bienhechores y benefactores... ¿Ha pensado usted en eso?

- Con franqueza, no -responde el Escritor.

- Pues piénselo. Por lo que a mi se refiere, yo me inclino a creer en los cuentos de miedo. En los bondadosos no, pero en los de miedo sí...

El Escritor, torciendo la boca, mira fijamente al Profesor.

- A pesar de todo, usted no comprende absolutamente nada de la gente -dice por fin-.

Otra vez los mocos filosóficos. Claro, es posible que llegue allí a rehacer el mundo entero, pero, en realidad le importa un comino el mundo y lo que quiere son mujeres,

quiere aguardiente y cuanto más dinero mejor... ¡Porque les falta imaginación, Profesor! En último caso, ansiará de todo corazón que a su jefe lo atropelle un automóvil...

Comprenda de una vez, ¿de dónde salen todos esos führers? O lo detestan las mujeres, o no lo valoran los críticos, o le huele terriblemente el aliento... Usted, Profesor, se convencerá personalmente cuando llegue al lugar... Porque yo a usted también lo conozco muy bien. Lo tiene escrito en la cara que ha pensado hacer un bien monstruoso a toda la Humanidad. Otro en mi lugar se habría asustado. Pero yo, ¿lo ve?, estoy tranquilo.

- Por mi está tranquilo -dice el Profesor-. Eso se ve. Nos mide a todos con su propio rasero. No sé si de usted saldría un buen político o sociólogo... Por mi está tranquilo. ¿Y por usted?

- ¿Por mi? Bah, en mis asuntos que no se meta nadie. A mi todo el mundo de ustedes me importa un pito. En todo el mundo de ustedes no me interesa más que un hombre: éste. . .

-El Escritor se señala el pecho con el dedo-. ¿Vale algo este hombre o no? ¿Está de sobra

en el mundo o a pesar de todo ha modelado su ladrillito de oro ... ?

- Oiga -dice el Profesor-. No hay que engañarse. Usted tan pronto dice que va allá en busca de inspiración como en busca de la belleza o de tranquilidad...

- Pero cuando sepa lo que soy tendré tranquilidad, inspiración y belleza...

- ¿Y si se entera de que usted es una porquería? ¿Si se entera de que no sólo no ha modelado su ladrillito de oro, sino que se ha zampado el de otro? ¡Bonita tranquilidad!

- Eso, mi querido Einstein, ya no es cosa suya. Dedíquese, por favor, a su Humanidad, pero sin mí.

- Si, sí, comprendido. A mí lo que me preocupa es otra cosa. A mí me parece que usted simplemente quiere que todos lo dejen en paz y, a ser posible, para siempre.

- ¡Palabras de oro!

- He dicho todos y, por lo tanto, también yo -dice el Profesor-. Por eso le ruego que piense, de todos modos, para qué va usted. ¡Piénselo bien! Porque existen miles de millones de seres que no tienen ninguna culpa de que usted sea un mierda.

Regresa el Guía.

- Basta de estar tumbados -dice-. Andando...

## PARTE 5

### La Zona (3)

Vagan por un camino vecinal cubierto de polvo finísimo. A cada paso el polvo se levanta y pende durante cierto tiempo en el aire, inmóvil. A lo largo del camino se prolongan decrepitos postes telegráficos. Hace mucho calor, delante sobre el camino temblequea la colina.

El Profesor, que va el primero, se detiene de pronto, se vuelve a sus acompañantes y profiere desconcertado.

- Allí hay un auto... Y su motor funciona...

- No hagas caso -dice el Guía-. Lleva ya veinte años funcionando. Vale más que mires al suelo y no te apartes del centro...

Pasan frente a un camión nuevecito, como recién salido de la fábrica, que está junto al badén. Su motor funciona en vacío, del amortiguador escapa y se extiende al viento un humillo azulado. Pero las ruedas están hundidas en la tierra hasta el cubo y a través de la portezuela entreabierta y del suelo de la cabina ha crecido un tierno arbolillo.

En cierta ocasión, probablemente el mismo día de la Visita, el enorme camión transportaba por esta carretera en un remolque especial un tubo largo, de un metro de diámetro, para el gasoducto. El camión se estrelló contra un poste de la izquierda, y el tubo fue lanzado del remolque atravesándose en el camino. Probablemente entonces fueron arrancados y cayeron en mitad de la carretera los postes telegráficos y telefónicos. Ahora en los alambres había crecido una especie de estropajo rojizo que colgaba como una cortina, cerrando el paso por la carretera.

La boca del tubo está negra, ahumada, y la tierra delante de él, carbonizada como si del tubo hubieran salido más de una vez humosas llamas.

- ¿Hay que meterse ahí? -pregunta el Escritor sin dirigirse a nadie concretamente.

- Te meterás si te lo mando -dice con frialdad el Guía y recoge varios guijarros de la cuneta-. Venga, apártense. -Toma impulso, arroja una piedra a la boca del tubo y da un salto atrás.

Se oye como la piedra retumba y rechina dentro del tubo. El Guía aguarda un poco y tira otra piedra. Se repite el retumbo y chinchin y se hace el silencio.

- Bien -profiere el Guía y se sacude despacio las manos-. Se puede. -Se vuelve al Escritor-. Andando.

El Escritor quiere decir algo, pero sólo suspira convulso. Extrae del seno una cantimplora plana, desenrosca presurosamente el tapón, toma varios tragos y entrega la cantimplora al Profesor. El Escritor se limpia los labios con la manga. No quita los ojos de la cara del Guía. Parece esperar algo. Pero no hay nada que esperar.

- ¿Y bien? ¿Todo lo demás es el destino? -pronuncia con son risa forzada.

Da un paso hacia el tubo. Se detiene ante las terribles fauces negras. Mete despacio las manos en los bolsillos y se vuelve.

- ¿Y por qué he de ser yo? -inquire enarcando las cejas-. ¿A santo de qué? No voy.

El Guia se le acerca a corta distancia, y el Escritor retrocede un paso.

- ¡Si, vas! -masculla entre dientes el Guia.

El Escritor niega callado con la cabeza. Entonces el Guia le pega en el vientre y en la cabeza, lo agarra del pelo, lo endereza y le da de bofetadas.

- ¡Claro que vas! -gruñe impetuoso.

El Profesor intenta sujetarlo del brazo. El Guia sin mirar le da un codazo que le acierta en la nariz y hace saltar las gafas.

- ¡Anda!

El Escritor se limpia los labios sangrantes, mira la palma de la mano y mira al Guia.

- ¡Dios mio!. . . -exclama.

Una profunda repugnancia se refleja en su rostro, y sin decir palabra lanza un espeso escupitajo a los pies del Guia, se vuelve y se introduce en el tubo.

El Guia retrocede presto, alejándose del tubo, y tira del Profesor. Del tubo llegan sordos chirridos y porrazos, y la respiración entrecortada.

El Profesor se cala las gafas con manos temblorosas. Una grieta atraviesa uno de los cristales. Cesa el ruido en el tubo.

- ¡Sigueme! -grita el Guia con voz ronca y se lanza a la negraboca.

Los dos salen del tubo a un recinto circular que tiene cierta semejanza con un baile oriental. Seguramente aquí estuvo situado en otros tiempos una especie de puesto de mando: hay mesas y sillas plegables, sobre las mesas, varios teléfonos (todos descolgados), mapas topográficos medio podridos, lapiceros desparramados. En el suelo hay cajas de conservas y botellas. No se sabe por qué hay un cochecito infantil. El Escritor, sentado a una mesa, descorcha una botella.

- Y está todo. ¿Quién dijo miedo? -pronuncia animoso el Guia.

Es evidente que está aquí por primera vez: mira con profunda curiosidad, registra todos los rincones. El Escritor, forcejeando con la botella, lo observa entre sombrío e irónico.

- Cuando yo digo que se puede ir es que se puede -prosigue el Guia-. Dame, ¿por qué tardas tanto? -quita la botella al Escritor y la descorcha hábilmente-. ¿Dónde tesirvo? ¿No tienes dónde? Bebe delgollete, tú el primero, te lo mereces...

Mientras tanto, el Profesor recorre el local, colocando distraída mente los teléfonos en sus soportes. El Escritor le da un largo tiento a la botella, después la apoya en la rodilla y se relame.

- ¿Qué? ¿Calienta? -inquire animadamente el Guia-. ¡Ya se ve! El Zorro pasó aquí unas horas, aquí descansó y se desahogó... Pero tú bebe, bebe, yo tomaré otra entera, hay a montones.

- Querido Chingachguk -enfatisa el Escritor-. Yo comprendo que todos sus rodeos no son otra cosa que una forma singular de presentarme sus excusas. Lo perdono. Una infancia desdichada, el medio en que se crió, lo comprendo perfectamente. ¡Pero no se haga ilusiones! ¡Me vengare sin falta!

El Guia, atareado con una nueva botella, profiere:

- ¿En serio?

- Si, si. Yo soy un hombre vengativo como todos los escritores y demás artistas. Desde luego, no pienso liarme a trompadas con usted y menos afin meterle un balazo entre las paletillas... Lo haré todo mucho mis fino. Le clavaré debajo de su gorda pelleja tal aguja que el mundo le pareceri un infierno. ¡En el mismo cerebro! ¡En el sistema nervioso central!...

En este momento suena el timbre de un teléfono. Todos se estremecen, luego el Profesor toma indeciso el aparato.

- Si... -dice.

Una voz croante pregunta irritada por el interfono:

- ¿Es el dos-veinte, tres-cuarenta y cuatro doce? ¿Cómo funciona el teléfono?

- No tengo ni idea -dice el Profesor.

- Gracias, es una prueba de línea.

Se oyen cortos pitidos. Los tres se miran unos a otros y luego al teléfono. Y de pronto el Profesor se vuelve de espaldas y marca rápidamente un número. Su rostro tiene una expresión maliciosa.

- ¡Oigo! -responde una voz afónica de hombre.

- Perdona, por favor, si te molesto -dice él Profesor-, pero estoy impaciente por decirte unas palabras. ¿Me has reconocido, supongo?

Pausa.

- ¿Qué quieres?

- Es el edificio viejo, la sala de calderas, cuarto bunker. ¿He acertado?

- Ahora mismo llamo a la policia.

- ¡Ya es tarde! -pronuncia jubiloso el Profesor-. Estoy fuera de su alcance. ¿Sabes dónde me encuentro? ¡A dos pasos! Estoy a dos pasos del lugar, y tú ya no puedes hacer nada. Llama a donde quieras, escribe delaciones, forma comisiones de expertización médica, azuza contra mí a mis empleados, amenaza, haz lo que quieras y cuanto quieras. Te

telefono para decirte que eres un cretino y que, a pesar de todo, estoy a dos pasos del lugar.

Pausa.

- ¿Me oyes? -dice el Profesor.
- ¿Tú comprendes que es el fin para ti como científico?
- Aguantaré. La cosa se lo merece.
- ¿Comprendes que te espera la cárcel? ¿Trabajos forzados?
- ¡Basta! Estoy a dos pasos. ¿Crees que me puedes asustar ahora?

Pausa.

- ¡Dios mio! -pronuncia por fin el invisible interlocutor-. ¡A lo que hemos llegado! Hazte cargo. Porque tú hace ya tiempo que no piensas en el trabajo. Tú no eres ni siquiera un Heróstrato, tú... Tú simplemente quieres chingarme, echarme chinchas en la cacerola de la sopa y te alegras de haberlo conseguido... ¡Pero recuerda, demonio, por dónde empezó todo! ¡Qué ideas, qué amplitud! Y ahora sólo piensas en mi y en ti. ¿Dónde están los millones y miles de millones de que hablabamos, los millones, y miles de millones de seres que no saben nada! ¡Dios mio, anda, anda! Concluye tu... infamia. Pero a pesar de todo te lo recuerdo. Eres un asesino. Tú matas la esperanza. Cien generaciones nos seguirán, y en cada una millones de personas te maldecirán y despreciarán...

El Profesor busca febrilmente en el interfono, aprieta palanquitas, pero la voz no calla.

- Seguramente ahora te importan un bledo mis palabras. Te sientes dueño de la situación y no comprendes nada... ¡No cuelgues el teléfono! Oye lo que tengo que decirte, se refiere personalmente a ti. La cárcel no es lo peor que te espera. ¡Tú mismo no te lo perdonarás nunca! Lo sé, te veo ahorcado en el retrete de la cárcel, colgado de tus propios tirantes...

El Profesor cuelga de golpe el teléfono y permanece algún tiempo parado, sin volverse.

- Es divertida la conversación -comenta el Guia y bebe un trago de la botella-. ¡Caramba con el mosquito muerta!
- No hagan caso -dice el Profesor-. Es simplemente el diálogo con un colega. -Se acerca a la mesa, se sienta y toma la botella de las manos del Guia. Examina la etiqueta.
- Beban, muchachos, descansen -dice el Guia-. Beban, nos falta el último salto. -Se vuelve al Escritor-. Bueno, ¿y tú por qué callas? ¿Qué querias decirme?

Por delicadeza evita mirar al Profesor.

- A mi se me ha pasado el disgusto. Por el asombro -responde el Escritor-. Oiga, explorador, ¿es verdad que estamos a dos pasos del sitio?
- Bueno, tanto como a dos pasos no... Estamos cerca.

Sobreviene un largo silencio. Después el Escritor anuncia de pronto:

- ¿Saben lo que les digo? Hemos hecho mal en venir aquí. ¡Al diablo! Yo no me lo imaginaba así. No sigo adelante.

- ¿Cómo que no sigues? -pregunta el Guía.

- Como que no. Ustedes vayan, yo los esperaré aquí. Los recibiré cuando vuelvan felices y contentos...

- No, hermano, eso no vale.

- ¿Por qué? ¿Es que allí hay otro, tubo? -pregunta malicioso el Escritor-. Que pruebe el Profesor. A él le toca.

- ¿Qué tubo? ¿Qué tonterías dices?

- No importa las tonterías que diga. Lo principal es que no sigo adelante. Si por mi fuera, yo a ustedes también... ¿Cómo los calificó el Profesor? ¿Benefactores? Yo tampoco les dejaría ir a ustedes.

- ¿Qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loco? Faltan dos pasos...

- Lo importante no es lo que falta, sino lo que llevamos recorriendo! -casi grita el Escritor,- Aquí nos hemos divertido estupendamente. ¡Y a lo que hemos llegado!

- ¿Y a qué ha llegado usted? -inquire el Guía con voz ronca de la cólera.

- ¿Yo? Dimelo tú ¿por qué se ahorcó el Zorro?

- ¿Que tiene que ver aquí el Zorro? -se indigna el Guía.

- Yo te lo explicaré, pero primero contéstame tú, ¿por qué se ahorcó?

- Porque no fue por la riqueza, sino por su hermano menor.

- Conque por su hermano.

- Fue la perdición del muchacho. Lo llevó consigo a la Zona y en alguna parte lo puso en lugar suyo. Luego, a la vejez, le remordió la conciencia y fue a la Zona para devolverle la vida al hermano. Pero en cuanto llegó al lugar, de nuevo pudo más en él la codicia y en vez del hermano quiso tener dinero. ¿Comprendes?

- Magnífico -dice el Escritor-. Es lo que yo pensaba. Pero tú explicame lo siguiente. ¿Por qué se ahorcó? ¿Por qué no fue otra vez, ahora ya no por el dinero, sino por el hermano?... ¿Eh?

- Eso yo tampoco lo comprendo -dice sombrío el Guía.

- Pues yo, sí. Y él también lo comprendió y por eso se ahorcó. Al Zorro lo que es del Zorro y sólo del Zorro y nada más que del Zorro. Tú mismo me dijiste que en ese lugar se cumplen solamente los deseos más recónditos. ¿Y qué vas a gritar allí?... Quiero recuperar a mi único hermano, quiero la felicidad para todo el género humano, denme inspiración!... En ese lugar se cumplen los deseos que son tu natural, ¡lo esencial para ti! Deseos de los que tú no tienes ni idea, que te dominan y te guían toda la vida. Eso es lo que le ocurrió al Zorro. Tú, Ángel mío, no has comprendido nada. No fue la codicia la que lo venció. Él se puso de rodillas en aquel lugar, suplicó con toda el alma, como a él le parecía, con toda su conciencia enferma que le devolvieran al hermano, pero recibió un montón de dinero y no podía recibir nada más porque al Zorro lo que es del Zorro. Porque la conciencia, las torturas del alma son una ficción, un invento de la cabeza. Pero el Zorro tenía su cogollo. Y cuando lo comprendió así, fue... y se ahorcó.

## PARTE 6

### La Zona (4)

El Guia escucha al Escritor con la boca abierta.

- Yo creía que estaba jugando a un juego nuevo e interesante.- confieza el Escritor.- Lo tomé como una aventura. Y de pronto comprendi, amigo, que no era ninguna broma. Yo, a decir verdad, no creo mucho en esas maravillas. Pensé: pediré allí algo, de todos modos son cuentos. Y luego escribiré. Porque de eso nadie ha escrito nada todavía. . . No, Ojo de Lince, amigo mio, yo a esos juegos no juego...

- Oye, Profesor -dice el Guia desconcertado-, ¿qué le pasa? ¡Dile algo!

El Profesor se encoge de hombros.

- ¿Cómo es eso? -pregunta él Guia-. ¿Yo voy en busca de salud para mi hija, para mi desdichada Monita, y resulta que recibo no se sabe qué?

- Se sabe -pronuncia cariñoso el Profesor-. Todo se sabe perfectamente.

- Déjelo ya -le interrumpe el Escritor, y se hace de nuevo un silencio embarazoso.

Después el Guia dice huraño:

- ¡Basta! ¡En pie!

El Profesor va delante sombrío, le sigue el Escritor y tras este, casi pisándole los talones, el Guia.

- Bueno, no voy a mentir -refunfuña-. Cuando sali yo no pensaba en la Monita, es cierto... ¡Pero ahora! ¡Por ella soy capaz de morderle la nuez a cualquiera! Y tú me dices...

- Oye, deja de murmurar -dice el Escritor sin volverse-. ¿Por qué te metes conmigo? Yo no sé lo que tú de verdad quieres. ¡Y tú tampoco! Y por Dios, no te distraigas. Mira el camino... Lo único que nos falta ahora es darnos un trastazo...

Delante en la trémula calina se ve el cangilón alzado de una excavadora herrumbrosa. Y por fin se detienen ante la suave pendiente que lleva a Aquel Mismo Lugar y miran hechizados abajo, al vallejuelo mágico. El Guia escudriña la cuesta y advierte en la mohosa pendiente unas raras manchas negras.

- Bueno, ¡pueden decir que tienen suerte, muchachos! -dice con voz ahogada-. Estiró la pata.

- ¿Quien? -inquire pasado un momento el Profesor.

- El matarife. ¿Ven esos mocos negros? Ha estirado la pata el sapo. ¡Se acabó! Podemos ir sin temor.

- Ve usted, un matarife. . . -dice el Escritor satisfecho, y se sienta en el suelo-. Bonito nombre.

- ¡Más bonito no puede ser, hermano! Aquí fue donde el Zorro gastó su última ganzíúa de carne y hueso. Se apodaba Kaschei el Inmortal, un tontuelo jovencito...

- ¿Y tú también me habrias empujado aquí? -interroga el Profesor-. ¿A mí? ¿A manos del

matarife?

- ¿Pues qué te has creído? El tubo y el matarife algo valen. Aquí sólo así se puede salir adelante. No hay más que una probabilidad de cada cuatro... ¡Una lotería! Pero en la Zona no se juega a juegos de azar...

- Es inconcebible -dice el Escritor-. Atravesar estos cerros mortales, asesinar a dos amigos y todo por una bolsa de dinero...

- En primer lugar -dice con dureza el Guía-, aquí no se viene con amigos. Además, el stalker no suele tener amigos. Su amigo es él mismo. Y, en segundo lugar, por dinero se hacen cosas más tremendas. ¿O vives en la Luna?

- ¿Y si yo no hubiera ido? -pregunta el Profesor.

- ¡Basta ya! -grita el Guía-. Hubiera ido o no hubiera ido... ¡Hemos tenido suerte y se acabó! El tubo resultó vacío, el matarife estiró la pata, ¿creen que soy un sádico?

¿Piensan que me llenaba de alegría tener que mandarlos a la muerte? Bueno, ¿quién quiere ir primero? ¿No quieres ser tú? -dice al Escritor-. Te lo has merecido...

El Escritor mueve enérgicamente la cabeza.

- No. Ya he dicho que no voy. Simplemente quiero mirar esa maravilla con mis propios ojos, Soy un escéptico.

- ¡Puf! ¡No tengas miedo, te digo que ha estirado la pata! Bueno, si quieres, yo iré primero. ¿Tú no estás en contra? -pregunta al Profesor.

- Vaya, vaya... no faltaba más -responde el Profesor-. Yo nunca pensé acercarme allí ni pedir...

- ¿Cómo que no pensaste? -profiere malévolo el Guía-. Entonces, ¿a qué has venido aquí? Porque yo no te convencí para que vinieras... Tú mismo lo pediste, ¡ofreciste dinero! ¿Cómo que no pensaste?

En vez de responder, el Profesor imita al Escritor y se sienta en el suelo, poniendo la mochila entre las rodillas.

- ¡Qué barbaridad! ¡Miren si son idiotas! -dice desconcertado el Guía-. Han arriesgado la vida, han pasado por todo, han llegado ¡y miren con lo que salen! ¡Se sientan tan tranquilos!

- Y hacemos bien -dice el Escritor-. Siéntate tú también. Hay que descansar un poco antes del regreso.

- Este tonto se ha quedado calvo, a ése lo espera la policía en la ciudad... ¡Pide por lo menos que te devuelvan el pelo!

- Quien perdió la cabeza no llora por el pelo -dice el Escritor-. ¡Déjalo estar, Ángel de la guarda, no te ofendas! Siéntate con nosotros, tomaremos un bocado, beberemos un trago de coñac... y a casita con la ayuda de Dios.

- ¡Eso faltaba! ¡A casita! -grita el Guía crispando los puños. Da media vuelta resueltamente y se encamina hacia la cuesta. Sus pasos muy decididos al primer momento van perdiendo energía hasta que se detiene desconcertado. Después da media vuelta y con la misma decisión regresa sobre sus pasos.

- ¡Está bien! ¿Puedes explicarme por qué no vas tú? -dice al Escritor-. ¡Pero francamente y sin charlataneria!

- No tengo inconveniente. Me da miedo. No me conozco y no me fió de mí. Lo único que

sé con toda seguridad es una cosa: a lo largo de mi vida en mi alma se ha acumulado mucha porquería. No quiero echársela encima a la gente y luego, como, el Zorro, meter el cuello en la soga. Vale más darme a la borrachera tranquila y pacíficamente en mi asquerosa quinta. ¡Ánda, anda! Pero no creas que porque estamos vivos no nos has asesinado. ¡Nos has asesinado, nos has asesinado! Aunque estamos vivos. Y no confíes. ¿En qué puedes confiar con un natural como el tuyo? Lloras lágrimas de arrepentimiento por tu hijita... Tú, perdóname, pero eres como aquel bandido que tenía los brazos manchados de sangre hasta los codos y llevaba en el pecho un tatuaje que decía: ---No olvido a mi madre querida---. . . Cálmate, Stalker. No nos hemos desarrollado suficientemente para merecer Este Lugar, no teníamos que haber venido aquí en busca de la felicidad...

- Si hubiera estado limpio de polvo y paja es posible que yo tampoco hubiera venido!- grita iracundo el Guía.

- Habla la burra de Balaam! -profiere sofiador el Escritor.

- No comprendo -farfulla el Guía, menéando desesperado la cabeza-. Yo no comprendo...

- ¡Suerte que tienes si no comprendes! Vete allá y lo comprenderá en seguida, pero entonces ya... ¡perdona! Porque tú siempre te has puesto muy alto, más que todos los demás... Hombre de hierro, altivo y libre, pero, en realidad eres un bestia y nada más. Y volverás de allí hecho un tullido, arrastrándote como una liendre medio muerta y cubierto de vergüenza o hecho una fiera tal que en comparación contigo el Zorro pareciera un Ángel. Se acabó. ¡Déjame en paz!

Mientras discutían, el Profesor había sacado de la mochila un macizo cilindro al que el sol arrancaba pálidos destellos. El cilindro, no tenía esferas ni escalas, sólo un disco parecido al del teléfono en el centro, de la parte superior.

- ¿Qué es eso, Profesor? -pregunta el Escritor.

- Una mina atómica.

- ¡Atómica?

- Si. De veinte kilotones.

- ¿De dónde la sacó usted? ¿Y para qué?

- La montamos entre mis amigos y yo... quiero decir, mis antiguos colegas. Decidimos que hay que destruir este lugar. Yo sigo pensando lo mismo. No da ninguna felicidad a nadie. Pero si cae en malas manos... Da miedo pensarlo. Pero ahora ya no sé... Después empezaron a decir que esto es una maravilla y una esperanza, que no se puede matar una maravilla y que no hay que matar la esperanza. Reñimos. Solamente los científicos saben reñir así. Ellos escondieron esta mina, pero yo la encontré . . -Alza los ojos-. ¿Ustedes comprenden? Yo sigo completamente seguro de que todo esto hay que volarlo y que se lo lleve el diablo. Es muy fácil: se marcan cuatro números y dentro de una hora... En fin, jamás volverá a venir nadie aquí.

Calla un rato, después añadió:

- Y jamás en la Tierra volverá a haber un lugar así.

- Pobrecillo. . . -dice bajito el Escritor-. Vaya un problemita que se ha buscado...

- Comprenden, es un principio general -dice el Profesor-. No hagas nunca nada

irreversible. Pero mientras esta lacra esté abierta aquí, para nadie habrá descanso ni sosiego... Ni descanso ni sosiego...

Y en este momento estalla el Guía.

- ¡Malditos séan! ¿A qué diantre me habré juntado con ustedes? -brama-. ¡Intelectuales de pacotilla! ¡Charlatanes! ¡Debia haber ido, haber tomado el dinero, sin saber ni pensar en nada, viviria a todo tren, como viven las personas! ¡Me han armado, un lio! ¡Me han roido el alma, parásitos! ¿Y qué hago ahora yo? ¿Eh? ¡No puedo hacer nada! No puedo ir allá ni quedarme aquí... ¿Quiere decir que todo ha sido infitil ni habria nunca nada más?

Agarra al Profesor de los hombros.

- ¡Entonces vuélalo, mándalo al infierno! ¡Entonces que no sea para nadie! ¡Al menos será de algún provecho!

Se lleva las manos a la cabeza y se bambolea. Luego repentinamente queda inmóvil.

- ¡Oye! -susurra con voz ronca a la cara del Escritor-. Bien, yo no valgo... Pero ¿y mi mujer? Por mi hija, ¿eh? ¡No yo, no yo, mi mujer! Es una santa, lo único que tiene es a la Monita. Mi mujer, ¿eh?

Sé abalanza al Profesor.

- ¡No! ¡No hagas eso! ¡No se debe! ¡No la toques! No hay otra esperanza!

El Profesor aparta sus manos. El Escritor y el Guía contemplan hechizados cómo el Profesor desenrosca con esfuerzo la parte superior del cilindro, la levanta, arranca unos cables que salen de allí y empieza a desmontar y romper, arrojando lejos pieza tras pieza.

En este momento se pone el sol y sobreviene la oscuridad.

# Última Parte

## Otra vez la cafetería

El local está vacío, Tras la barra trajina un corpulento camarero de sucia chaquetilla. Nuestros personajes se han sentado a una mesa en un rincón: sucios, andrajosos, con barba de varios días. Ante Cada uno hay una jarra de cerveza medio vacía. Perora el Escritor..

- ...Yo me figuro este edificio como un templo gigantesco. Todo lo que ha creado la imaginación, la fantasía y el osado pensamiento del hombre son ladrillos, ladrillos de oro con los que se han levantado las paredes de este templo: filosofía, libros, lienzos, teorías éticas, tragedias, sinfonías... hasta, ¿por qué no? las ideas científicas fundamentales más audaces. Todo eso pase. . . En cuanto a vuestra tecnología, los altos hornos, las cosechas, todo ese tráfago para trabajar menos y jalar más, son los andamios, los cabrios... Naturalmente, son necesarios para construir el templo, sin ellos el templo sería absolutamente imposible, pero ceden, se desmoronan, son levantados de nuevo, primero de madera, luego de piedra, de acero, de plástico, finalmente, pero no pasan de ser cabrios para levantar el gran templo de la cultura, objetivo magno e infinito de la humanidad. Todo muere, todo se olvida, todo, desaparece, queda sólo este templo... Hablando con franqueza, la Humanidad en general existe únicamente para...

El Profesor toma un sorbo de la jarra y gruñe:

- ¿Y usted se atreve a responder a la pregunta de para qué existe la Humanidad?  
- No me interrumpa –ataja el Escritor-. Eso es descortesía. ¡Únicamente -continúa- para producir obras de arte! Imágenes de la verdad absoluta. Eso, por lo menos, es desinteresado...

Pausa.

De pronto el Escritor se sonríe irónico:

- Es una broma -añade casi turbado-. Aquí la cerveza... ¿Esto es cerveza? ¿Qué les parece, nos tomamos otra ronda?  
- Yo no tengo más dinero -dice el Profesor.  
- Y yo tampoco, -profiere con voz decaída el Escritor.  
- Usted presumía de que le fían en todas partes -dice irritado el Profesor al Escritor.  
- ¡Si! -responde el otro desafiante-. ¡En todas partes! Menos aquí.

El Guía echa sobre la mesa varias monedas menudas mezcladas con basura, mueve las monedas con un dedo contándolas.

- Aquí tienen -dice-. Hay bastante para otras dos jarras. Vivimos.

En este momento junto a la mesa aparece el camarero, coloca con destreza ante ellos jarras llenas con copetes de espuma y retira las jarras vacías. Mirándolo, él Guía, con aire compungido, golpea con la sucia uña la exigua pila de monedas. El camarero hace un gesto tranquilizador y desaparece.

- ¡Es un lector mio! -anuncia con aire significativo el Escritor-. ¡Me ha reconocido!

El Guia y el Profesor lo miran -su semblante sucio y sin afeitado, el enorme cardenal que le rodea el ojo derecho, el trapo ensangrentado que le ha caído sobre la frente-, lo miran y después, sin decir palabra, beben largo rato de sus jarras.

- No -dice el Guia-. Esto no es beber, muchachos. Ahora mismo le telefono a mi mujer y le digo que me traiga dinero.

El Escritor lo sujeta de la manga.

- ¿Para qué? Voy a telefonar a cualquier redacción...

El Guia lo rechaza.

- Tranquilo... Soy yo quien convida y no tú. No te muevas.

Se acerca al teléfono automático, marca un número y en este momento ve por la ventana a su mujer que se dirige a la cafetería. Cuelga el teléfono y retorna a la mesa.

La mujer se acerca a la mesa y dice al marido:

- Bueno, ¿Qué haces aquí sentado? ¡Vámonos!

- Ahora mismo -dice-. Siéntate un poco. Siéntate con nosotros. ¿Es que llevas prisa?

Ella se sienta de buen grado, lo toma del brazo y recorre con la mirada al Escritor y al Profesor.

- Saben ustedes -dice-, mi mamá estaba en contra de que me casara con él. Porque él era un auténtico bandido. Le tenía miedo toda la comarca. Era guapo ágil como... Pero, mi madre decía: si es un stalker, si es un suicida, si se pasa la vida en la cárcel. ... y los hijos. Recuerda, decía, los hijos que suelen tener los stalker ... Yo no discutía con ella. Todo eso lo sabía perfectamente: que era un suicida, que se pasaba la vida en la cárcel, sabía lo de los hijos. Pero ¿qué podía hacer yo? Estaba segura de que con él sería feliz. Sabía, claro, que también pasaría muchas penas, pero pensaba: más vale una felicidad amarga que una vida gris. Pero, puede ser que todo esto se me haya ocurrido ahora. Entonces él se me acercó y me dijo cariñosamente: - "¡Oye, vente conmigo!" Y yo me fuí. Y nunca me arrepentí. Nunca. Las pasamos mal. Tuve que aguantarme el miedo. Me daba vergüenza y a pesar de todo no me arrepentí nunca y no envidié a nadie. El tampoco se arrepintió ni envidió. Es que el destino es así. La vida es así, nosotros somos como somos. Y si no hubiera penas en nuestra vida, no habría alegrías. Sería peor. Porque tampoco habría una felicidad así ni habría esperanza. Eso es. Y ahora tenemos que irnos. Vámonos. La Monita se ha quedado sola.

Se ponen en pie.

- Estos son mis amigos -dice el Stalker-. Hasta ahora no he conseguido nada más...

Se van.

El Escritor y el Profesor miran como se alejan.

FIN

Trad.: Angel Pozo Sandoval

Digitalización: Gabriel Benitez

Esta novela esta tomada de la revista de LITERATURA SOVIETICA No. 2 1984